

GABRIEL ZAID

# CITAS ABUSIVAS

*Con esta entrega, Gabriel Zaid continúa su análisis de ese subgénero de la literatura que es el arte de citar, iniciado el mes pasado con “Citas exóticas”. La distorsión, el adorno y la apropiación son sólo algunos ejemplos de esta nueva y deliciosa clasificación.*

**T**ODO TEXTO CITADO, POR DEFINICIÓN, ESTÁ FUERA DE CONTEXTO. Está en el curso de un segundo discurso que no es el original. Transcrito o de memoria, literal o alterado, intencionalmente o no, adquiere un significado ligera o totalmente distinto, aunque la cita sea exacta. En este sentido, es obra de un segundo autor, como las traducciones o los arreglos musicales.

Un ejemplo de tantos. En inglés, la frase *quis custodiet ipsos custodes?* (¿quién vigila a los vigilantes?) se dice en el mundo político para señalar el peligro de que las autoridades tengan un control no sujeto a control. Pero está tomada de un poema misógino de Juvenal (*Sátira vi*): Ni encerrando a la mujer bajo llave, vigilada por celadores, será fiel. ¿Quién vigila a los vigilantes? Empezará con ellos.

Este uso político de una frase apolítica es un ejemplo de las transformaciones que sufren los significados de un texto citado, aludido, imitado, parodiado o plagiado en otro. Transformaciones que son recreaciones (geniales o pedestres, legítimas o abusivas) de un segundo autor, aunque nadie sepa quién fue. La recreación puede ser anónima y hasta accidental, pero el hecho de que no sepamos cómo, cuándo, ni quién introdujo esta lectura de una frase de Juvenal no quita que el proceso sea creador. El nuevo significado está y no está en el poema original, de igual manera que las palabras españolas *quién custodia a los mismos custodios* están y no están en las palabras latinas *quis custodiet ipsos custodes*.

**1.** La queja más frecuente contra las citas abusivas es la distorsión. Atribuyen al autor original lo que de hecho es creado por el segundo autor. Los ejemplos son infinitos. Paul F. Boller, Jr. dedica un libro entero a recoger y catalogar citas abusivas en la prensa norteamericana de mediados del siglo XX en *Quotemanship: The use and Abuse of Quotations for Polemical and Other Purposes* (Southern Methodist University Press, 1967). Pero el segundo autor puede abusar de muchas otras maneras.

**2.** Citar para disimular el vacío intelectual, es una forma petu-

lante de callar, criticada desde la Antigüedad. Sócrates se lo reprocha a Protágoras (348): No me salgas con citas de Simónides, porque estaríamos como los hombres incapaces de conversar, que dejan la palabra a la música que contratan para amenizar sus reuniones. ¿Qué piensas tú? ¿No tienes nada que decir?

Séneca se lo escribe al discípulo que le pide máximas de filósofos, para memorizarlas: No te hacen falta. Ya es hora de que tú mismo digas cosas memorables (*Cartas a Lucilio*, 33).

Lichtenberg dejó entre sus papeles un apunte sarcástico sobre el mismo tema: “No cesaba de buscar citas: todo lo que leía pasaba de un libro a otro sin detenerse en su cabeza” (*Aforismos*, traducción de Juan Villoro, FCE, p. 189).

**3.** También se ha criticado a los que citan a los clásicos para adornarse (como quizás lo malició el piadoso lector de las citas anteriores). Cervantes, en el prólogo del *Quijote*, se excusa de publicarlo “sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros”, “ llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos”, para que los lectores tengan “a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes”; pues “soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que sé decir sin ellos”.

**4.** Distorsionar, disimular y presumir también conducen al abuso opuesto: no citar, aprovechando ideas, temas, tratamientos, recursos, visiones y hasta palabras exactas sin reconocerlo. Aristófanes, en *Las nubes* (551), acusa a Eupolis de haber plagiado una comedia suya: “Agregó solamente una vieja bien borracha”, que “ya Frinico la había inventado”.

Marcial (*Epigramas* 1, 38) se burla de un poeta que lo plagia,

sin cambio alguno, excepto la dicción: “Lo que recitas son, Fi- dentino, mis versos; pero dichos tan mal que ya parecen tuyos.”

**5.** Aprovechar sin reconocer puede ser una elegancia obligada por las buenas maneras académicas. En el punto anterior, por ejemplo, de no haber puesto el número 551, parecería que estaba citando a la manera clásica, de memoria; y, poniéndolo, parece que tengo a la vista una edición griega, o bilingüe, o cuando menos numerada. En realidad, la acusación de plagio y la referencia exacta las encontré en el *Oxford Classical Dictionary*, artículos “Plagiarism” y “Eupolis”. Y la edición que cité es la económica versión de *Las once comedias* de Aristófanes (colección Se-pan Cuantos de Porrúa, p. 77), muy recomendable, a pesar de que Ángel María Garibay ha sido acusado de no saber tanto griego y aprovechar una versión francesa. De la cual no pudo haber tomado el sabroso lenguaje de teatro populachero, ni los mexicanismos (*pelado, tompeate*) que tan bien le van a Aristófanes. Pero todo esto (la información tomada de los diccionarios, las ediciones populares, los trabajos del mundo no académico) no debe ser citado, aunque se aproveche. No es elegante.

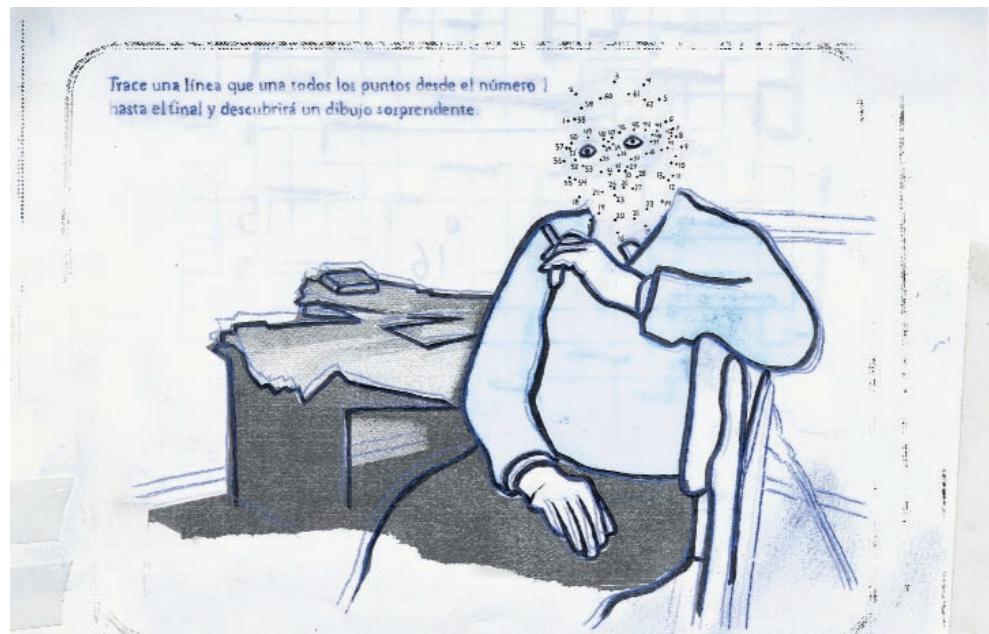
**6.** En 1673, Jacob Thomasius hizo un catálogo de abusos de los eruditos elegantes: firmar una compilación de textos ajenos con un título engañoso, que suene a texto del compilador; robarse la idea de un autor y no citarlo; o citarlo, pero no en el punto decisivo, sino en otro completamente secundario, para escamotear el robo principal; o adobando lo robado en una presentación “superior”, que sirve para citarlo, pero negativamente: criticando sus limitaciones, que lo dejan muy por abajo; o, con mayor audacia, acusándolo de plagio, para adelantarse a su posible acusación y desacreditarla de antemano (*Dissertatio philosophica de plагio literario* citada por Anthony Grafton, *The Footnote: A Curious History*, Harvard, 1998, pp. 13-14, 207).

**7.** El mismo Grafton, que es profesor de historia en Princeton, describe, en el primer capítulo, cómo citan los historiadores, para acreditarse y desacreditar. Por ejemplo, con citas venenosas, que pueden reducirse a un simple Cf. (*confer*, compare lo que dice Fulano). En vez de presentar y debatir una opinión contraria, lo cual es concederle importancia, se puede simplemente decir: Ésta es la verdad, aunque otros no sean capaces de verla. Cf. Fulano.

Si hace falta más, procede una “scholarly version of assassination”, pero muy académica: algo breve y sanguinario, como

“discutable” (los franceses), “oddly overestimated” (los ingleses), “ganz abwegig” (totalmente desencaminado, los alemanes).

**8.** Según Grafton (capítulo 7), la cita como prueba científica es un concepto moderno, que impuso el *Dictionnaire historique et critique* (1696) de Pierre Bayle, un filósofo cartesiano, que documenta y discute cada una de sus afirmaciones en largas y polémicas notas al pie. Hubo antecedentes: la cita exacta de la ley era una práctica establecida en el derecho romano del siglo v; la edición de textos bíblicos anotados al margen fue inventada



la molestia de enviarla por escrito a mi editor” (traducción de Manuel Machado, también muy recomendable, en la misma Colección Sepan Cuantos, p. 38).

10. La cita como prueba científica, aunque esté acompañada de comentarios irreverentes, como en Bayle y sus seguidores, tiene una nobleza (la tradición crítica, la cultura como conversación) que ya no se encuentra en la cita como prueba de trámite cumplido para merecer el pase (a la graduación, la publicación, el ascenso). Hay algo válido y pedagógico en asegurarse de que los recursos bibliográficos de cada disciplina se manejen con destreza por todos los participantes. Pero las citas como credenciales ya no son la cita como prueba científica.

II. Del abuso de las citas convertidas en credenciales se llega a un abuso mayor: las credenciales falsas. “Hacer como que se ha leído lo que no se ha leído sucede con frecuencia. Hay personas de treinta años que citan en sus obras más libros de los que pudieron haber leído en varios siglos” (Nicolas de Malebranche, *De la recherche de la vérité*, 1674; citado por Antoine Compagnon, *La seconde main ou le travail de la citation*, Seuil, 1979, p. 233).

**12.** El abuso final (o más reciente) está en la superación posmoderna de estas preocupaciones: Es un error hablar de distorsiones, plagios ni refritos, porque todo autor es un segundo autor, todo texto es parte de un intertexto, no hay nada original, todo lo

publicado es un tejido de citas, alusiones, parodias, homenajes, sin origen ni centro. La muerte del Creador implica finalmente la muerte del creador, como dijo, más o menos, Foucault. Lo cual no impide que Foucault y Derrida firmen como autores de sus libros, defiendan sus derechos autorales, cobren regalías y sean vistos por sus seguidores como genios originalísimos. En la práctica, la doctrina se invierte provechosamente: si el creador no existe, todo está permitido. El segundo autor es tan autor como el primero, tan original como el primero, con tantos derechos como el primero.

La manga ancha posmoderna ha servido para legitimar muchas transformaciones pedestres o abusivas que hoy pasan por creación. Borges se burló anticipadamente de lo que vendría, al inventar un personaje (Pierre Menard) que se volvía autor del Quijote por el simple hecho de transcribirlo. Sin embargo, prosperan los artistas que se lo toman en serio, y presentan como obra suya el manoseo de tal o cual cosa.

Paralelamente, hacer estudios semiológicos sobre cómo los textos se refieren unos a otros y se modifican mutuamente ha dado origen a toda una industria académica, documentada por Udo J. Hebel en *Intertextuality, Allusion and Quotation: An International Bibliography of Critical Studies* (Greenwood, 1989), que no he visto, ni hace falta, para citarlo posmodernamente. —